

LA APORTACIÓN ESPAÑOLA A LA «REVOLUCIÓN MILITAR» EN LOS INICIOS DE LOS TIEMPOS MODERNOS

Enrique Martínez Ruiz

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Este artículo analiza en profundidad las diversas interpretaciones que la práctica historiográfica ha ido dando a la expresión «revolución militar». Asimismo, se estudia la especial contribución militar española en la consolidación de la revolución militar que tiene lugar en la Europa de fines del Medievo, y en la cual el campo de prueba para los métodos revolucionarios de los ejércitos españoles resultan ser las guerras de Granada y de Italia.

PALABRAS CLAVE: revolución militar, innovación en los ejércitos, guerra de Granada, guerras de Italia, estrategia, estructura militar.

ABSTRACT

This article presents a thorough analysis of the different interpretations historiography has given to the expression «military revolution». The particular contribution of Spanish military experience to the consolidation of the late-medieval European military revolution is also taken into consideration. Special emphasis is given to the testing grounds where Spanish armies first carried out their own revolutionary methods, the wars of Granada and Italy.

KEY WORDS: military revolution, army innovation, war of Granada, wars of Italy, strategy, military structure.

CONSIDERACIONES INTRODUCTORIAS

La expresión «revolución militar» ha hecho fortuna, pese a que conceptualmente entraña una cierta inexactitud —al menos desde mi punto de vista—, por cuanto revolución es un término que, en su sentido más usual, se refiere a un cambio violento que se produce en un periodo de tiempo más bien corto y provoca una mutación súbita en el plano político, institucional y/o socioeconómico de la comunidad humana donde se produce. En rigor, aplicado el término en el ámbito de nuestra ciencia, su mayor exactitud la registra cuando se habla de revoluciones políticas y no resulta muy apropiado si se emplea en otros niveles del proceso históri-



co. Sin embargo, se ha utilizado y mucho. Se ha hablado de una *revolución industrial* para referirse a unos cambios tecnológicos, a unos inventos y a su difusión que se desarrollan a lo largo de unas décadas; es decir, se describía un proceso más que una revolución y como en esas décadas el proceso no estaba concluido, dio pie a hablar de una «segunda» revolución industrial y de una «tercera», íntimamente ligada al desarrollo cibernético e informático. En suma, al hablar de revolución industrial, estamos hablando de un periodo de tiempo que se inicia en el último tercio del siglo XVIII y todavía no ha concluido, aunque el ritmo del desarrollo industrial es tan rápido que ya nos hemos habituado a él y el término pierde actualidad para quedar, por lo general, circunscrito a la fase final del Setecientos y la primera mitad del Ochocientos.

Otro tanto podemos decir de la llamada *revolución agraria*, cuyos atisbos precursores se descubren en la república holandesa, en el siglo XVII, se continúan en la Inglaterra de fines del siglo XVIII y desde allí se van extendiendo por el resto del continente, aunque algunos países se incorporan con un incuestionable retraso, mientras que, por otra parte, el proceso no ha concluido del todo actualmente, como vemos en las innovaciones que suponen los cultivos sobre arena y las técnicas de invernadero, aspectos en los que algunas zonas españolas constituyen la vanguardia de un proceso agrícola iniciado siglos atrás y, al parecer, inconcluso aún.

Lo mismo podríamos decir de la *revolución demográfica*, de la *revolución burguesa*, de la *revolución proletaria*..., pero no merece la pena seguir. Resulta más operativo intentar precisar el sentido de la utilización del término *revolución* en ámbitos como los que acabamos de señalar. Por la forma en que esos procesos son analizados, se entiende que al utilizarlo se pretende dar una idea de cambio radical, —no importa que ese cambio sea lento y progresivo—, que cualitativamente es valorado de forma muy «gráfica» y, en ese sentido, su utilización resulta expresiva de lo que supone la aparición del fenómeno que personaliza la revolución. Tal vez por eso no se produzcan confusiones en su utilización.

1. LOS INICIOS HISTORIOGRÁFICOS DE LA REVOLUCIÓN MILITAR

Pues bien, en el plano militar también irrumpe el término revolución y lo hace un tanto súbitamente: en 1956 aparecía en Belfast un libro cuyos ecos no trascendieron más que a ámbitos reducidos; se trataba de la obra de M. Roberts, *The Military Revolution*. Cuando fue editado se empezaba a consolidar el predominio historiográfico de los *Annales* y el materialismo histórico se abría paso como una arrolladora innovación metodológica, cuya aceptación por los investigadores sentenció durante varios lustros la historia militar, considerada como el último apéndice de una denostada historia política, entendida ésta por aquellos años como la pervivencia de una forma de hacer historia que por entonces se consideraba superada, máxime si pensamos que los *Annales* franceses mostraban interés por campos nuevos, en los que esbozaban innovadores métodos y marcaban derroteros historiográficos muy distintos de los que se habían seguido hasta del momento.



A tales giros metodológicos e historiográficos hemos de añadir otra realidad que iba en perjuicio de la historia militar: el hecho de que la mayor parte de sus cultivadores eran militares profesionales, que en gran parte carecían de formación como historiadores, ya que se habían formado como autodidactas y escribían sus conocimientos profesionales aplicándolos al pasado en la forma en que ellos entendían este tipo de historia, por lo que no iban más allá de los aspectos logísticos, tácticos y estratégicos, de manera que la historia militar era el relato de las campañas, de las batallas, de los planes de los estados mayores¹.

Cuando apareció el libro de Roberts, la historia militar así entendida —como la misma historia política, con la que a veces se identificaba— estaba periclitando; eso puede explicarnos el eco limitado que tuvo la publicación y que su conocimiento quedara reducido a ciertos ambientes predominantemente anglosajones. Aunque el interés, sobre todo de los vencedores, por la II Guerra Mundial lleva a desplazar la atención por ese fenómeno a épocas anteriores, lo que mantiene encendida la llama que alumbrará una de las renovaciones historiográficas más importantes habidas en nuestra disciplina. En efecto, varios lustros después la situación empezó a cambiar y la guerra se convirtió en un renovado campo de interés, hasta el punto de que casi rebasamos el umbral de sobre-valoración del fenómeno. Más adelante tendremos oportunidad de volver sobre esta cuestión.

En cualquier caso, lo que señala J. Keegan² es significativo, pues dice que por encima de la consideración de la guerra como la continuidad de la diplomacia por otros modos, como la describiera Clausewitz, la guerra implica mucho más que la política y es siempre una expresión de cultura, de manera que se podría decir que

¹ G. Best se ha referido a esta cuestión con tanto acierto como precisión en el prólogo a la edición inglesa del libro de J.R. HALE *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento 1450-1620*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1990. El párrafo es largo, pero merece la pena: «El término 'guerra y sociedad' ha sido objeto en los últimos tiempos de tal uso y abuso que reclama con viveza una definición. Cuando, hace unos diez años, comenzó a utilizarse como término histórico de uso corriente, contaba al menos con un significado nítido: así, como para algunos, la guerra era un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los generales, así también la historia y el análisis científico de la guerra se consideraban conceptos demasiado serios para ser confiados a militares y a entusiastas de la guerra, que eran quienes se dedicaban a escribir la mayor parte de las páginas sobre el tema. Por supuesto, estos últimos no tenían el monopolio. El estudio de la guerra atraía —y todavía atrae— la atención de estudiosos del mejor estilo. Sin embargo, junto a ellos —y a su pesar— había una pléyade de escritores de más estrechas miras para quienes el más cumplido título que se les podía conceder era el de 'historiadores militares', aunque a menudo el más adecuado fuese el de 'entusiastas de lo militar' e incluso el de 'maníacos de la guerra'. Los estudios sobre la guerra y la sociedad surgieron principalmente como reacción contra situaciones de este tipo que, limitándose en ocasiones a naderías, tales como uniformes, insignias y botones, rara vez contemplaban cuestiones de mayor magnitud que las batallas y campañas que además, consideraban estas bajo el punto de vista del soldado profesional, tendían a extrapolar el aspecto básico de la guerra de su contexto histórico total, e implicaban generalmente una visión de un ejército, armada o fuerza aérea contemplados desde dentro y al margen de cualquier interés por la naturaleza de sus conexiones con la sociedad por la que, nominalmente, se hacía la guerra».

² J. KEEGAN, *Historia de la Guerra*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 71 y ss.



la guerra es la perpetuación de la cultura por sus propios medios. Una imagen de la guerra sorprendente, en verdad, por cuanto habitualmente la guerra viene siendo para todos nosotros sinónimo de destrucción, de barbarie, de violencia, de algo, en suma, que es la antítesis de la civilización. Considerarla una manifestación de la cultura no puede ser más llamativo y constituye una estimación o apreciación del fenómeno bélico que es fiel reflejo de cómo se orienta en la actualidad la consideración de la guerra, por lo menos en el plano bibliográfico.

Pues bien, en la base de esta renovada dimensión historiográfica hemos de colocar la obra de Roberts, a la que nos hemos referido, cuyo contenido se centra en el periodo comprendido entre 1560 y 1660, cien años en los que el autor advierte novedades y repercusiones bélicas que le mueven a hablar de «revolución», que para él está directamente relacionada con la aparición y consolidación de los Estados europeos absolutos y se manifiesta en cambios orgánicos y tácticos, en novedades armamentísticas, en el incremento del número de efectivos de los ejércitos, en el empleo de estrategias en consonancia con las novedades señaladas, en la profesionalización creciente del militar, en el aumento del coste de la guerra y en la mayor incidencia de sus consecuencias.

Las apreciaciones de Roberts y la cronología que él estableciera han perdurado durante lustros sin alternativas reales a sus propuestas, pero desde hace un par de décadas el tema de la revolución militar ha sido objeto de interés para numerosos especialistas, que están matizando el alcance y contenido de la citada revolución. Así sucede, por ejemplo, con G. Parker, quien propone un marco más amplio que la cronología de Roberts, entre 1500 y 1800³, en el contexto general del «ascenso de Occidente», del despliegue europeo, en el que la monarquía absoluta es la impulsora directa de esa revolución al necesitar ejércitos más numerosos y estar decidida a mantenerlos, sin que los costos económicos actuaran como elementos disuasorios de tal actitud. Según su opinión, uno de los cambios más significativos en el primer momento del periodo es el nuevo concepto de fortificación, que se concreta en la traza italiana; a lo que hay que añadir el empleo progresivo y permanente de las armas de fuego y la modernización naval con el empleo del cañón de bronce y el predominio de los barcos de vela, que desplazan y relegan a las galeras.

Unos años más tarde, C.J. Rogers lleva a cabo una puesta a punto⁴, que da cuenta de la complejidad del tema y, despegándose de la idea de «una» revolución militar, habla de episodios sucesivos que se inician con la revolución de la infantería en el siglo XIV, sigue la de la artillería en el siglo XV, la de las fortificaciones en el siglo XVI, la imposición del dominio de las armas de fuego entre 1580 y 1630 y el aumento de ejércitos y armadas desde la segunda mitad del siglo XVII hasta 1715. Sin embargo, en el desarrollo del debate, la discusión o la atención no siempre se han

³ G. PARKER, *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, Alianza, 1990.

⁴ C.J. ROGERS, *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*, Oxford, Boulder, 1995.

centrado en los límites cronológicos atribuidos a la revolución militar —a los que se les hace fluctuar mucho, como vemos— o en los factores que la determinan o la producen, prefiriéndose en ocasiones establecer cuál es el momento clave o determinante de la misma⁵, lo que en definitiva no es más que variaciones sobre el tema, que como decíamos más arriba, es de indudable complejidad en alcance y contenido⁶.

En efecto. Nos hemos referido a la ampliación de los límites cronológicos propuesta por Parker, que anticipan en más de medio siglo el inicio de la revolución militar, un periodo cuyo contenido desgrana Quatrefages con un enfoque que supone corregir un olvido o enfatizar una llamada de atención, ya que va a centrarse en la significación española en el inicio del proceso que estamos considerando, un proceso en el que la monarquía española no era tenida en cuenta en consonancia con su indudable protagonismo militar en los orígenes de la Europa moderna⁷. Por otra parte, el «retroceso» en la búsqueda de los orígenes de la revolución que nos ocupa ha ido todavía más lejos y se habla ya de sus orígenes medievales⁸.

2. LA GUERRA COMO REFERENTE

En cualquier caso, la guerra es uno de los referentes al que se recurre con frecuencia en el transcurso de las argumentaciones⁹, hasta el punto de que en el debate se introduce una cuestión de fondo que afecta a la consideración del hecho bélico en sí a lo largo de la Edad Moderna y a quien debía estudiarlo y analizarlo.

Por lo que respecta a esto último, se ha dicho que el historiador que estudie la guerra no debería ser un «historiador militar», ya que todas las actividades del

⁵ Por ejemplo, D. ELTIS, en su libro *The Military Revolution in Sixteenth-Century Europe* (Londres, Tauris Academic Studies, 1995), considera las primeras décadas del siglo XVI como el momento crucial y clave de la revolución militar, pues son los años en los que las armas de fuego portátiles o individuales, mosquetes y arcabuces, empiezan a imponer su supremacía.

⁶ Aparte de otras muchas cuestiones relacionadas con el tema, una aproximación a las directrices historiográficas fundamentales en el debate sobre la revolución militar, en E. MARTÍNEZ RUIZ y M. de P. PI CORRALES, «La investigación en la historia militar moderna: realidades y perspectivas», *Revista de Historia Militar, Núm. extraordinario* (2002), pp. 123-169. Vid. también en el mismo volumen de esa revista, D. GARCÍA HERNÁN, «Historiografía y fuentes para el estudio de la guerra y el Ejército en la España del Antiguo Régimen», pp. 183-292. En ambos trabajos hay suficiente información bibliográfica para profundizar en las cuestiones que hemos puesto de relieve y en las relacionadas con el tema que nos ocupa, lo que nos permite en esta ocasión ser muy parcos en las referencias, a fin de no cargar en exceso el aparato crítico, limitándonos a señalar lo más significativo desde nuestra óptica y en función de nuestro propósito en estas páginas.

⁷ R. QUATREFAGES, *La revolución militar moderna. El crisol español*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1996.

⁸ A. AYTON y J.L. PRICE, *The Medieval Military Revolution. State, Society and Military Change in Medieval and Early Modern Europe*, Londres, Tauris Academic Studies, 1995.

⁹ Para el cambio experimentado en su valoración remitimos a A. ESPINO, «La historia de la guerra (siglos XVI-XVIII). Del desprecio ideológico a su revalorización», *Iber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, 12 (1997), pp. 65-71.





hombre están relacionadas con los acontecimientos bélicos más o menos directamente. Así considerada, la guerra se entiende como integradora de experiencias humanas, unas experiencias que sólo se pueden entender adecuadamente si se relacionan entre sí, en lugar de analizarlas aisladamente, como era habitual hacerlo antes¹⁰. Por otra parte, al convertirse la guerra en una actividad humana de gran amplitud por lo que respecta a sus causas y efectos, se ha dicho que los historiadores militares serían mejores profesionales si reflexionaran sobre lo que hace a los hombres matarse entre sí, pues la guerra «está arraigada en lo más profundo del corazón humano, un reducto en el que se diluyen los propósitos racionales del yo, reina el orgullo y predomina lo emocional»¹¹.

Y en cuanto a la consideración del hecho bélico en sí, Roberts sostenía que la mayor incidencia y evolución de la guerra tenía lugar en los siglos XVI y XVII, porque en el siglo XVIII su alcance era más limitado, como corresponde a las pocas innovaciones técnicas y armamentísticas, a la reducción de la incidencia de la guerra en la población y a su menor violencia, ideas que fueron compartidas¹² y criticadas.

Entre los que no las comparten, merece la pena destacar a J. Black, que reacciona contra ese planteamiento y se niega a aceptar que los cambios importantes en la guerra tuvieran lugar antes de la de los Treinta Años o después de la Revolución Francesa de 1789; en apoyo de sus argumentos pone de relieve cuestiones y factores del siglo XVIII en los que no se había reparado suficientemente. A este respecto, Black destaca: el aumento extraordinario de los efectivos de los ejércitos, en unas cantidades que no se pueden considerar como una mera continuación de crecimientos precedentes; las modernizaciones y mejoras del armamento habidas entre 1660 y 1720 (entre ellas una de enorme simbolismo: la sustitución de la pica por la bayoneta); las innovaciones tácticas, en las que se busca cierta complementación entre la movilidad y la potencia de fuego; la existencia de grandes batallas (Almansa, Poltava, Bitondo, etc.) y el despliegue auténticamente mundial de la marina¹³.

Ahora bien, al aproximarnos a la guerra como fenómeno humano es obligada la referencia a A. Corvisier, autor de una amplia producción bibliográfica¹⁴, en la que dedica especial atención a las masas en la guerra, una especie de reacción contra la visión más generalizada que considera la guerra como una historia de jefes y caudillos, en la que las tropas eran el anónimo indispensable para que la guerra fuera tal y para que por encima de ellas destacaran sus dirigentes; de la misma forma, pone un énfasis especial en la perspectiva más humana de las guerras, al

¹⁰ Esto es lo que señala M. HOWARD en la introducción de su libro *La guerra en la Historia europea*, México, 1983.

¹¹ J. KEEGAN, *Historia de la Guerra*, p. 21.

¹² Como sucede, por ejemplo, con D.G. CHADLER, *The Art of War in the Age of Marlborough*, Nueva York, 1976.

¹³ J. BLACK, *European Warfare. 1660-1815*, Londres, UCL Press, 1994.

¹⁴ De sus obras sólo vamos a citar: *Armées et sociétés en Europe de 1494 a 1789*, París, Presses Universitaires de France, 1976 (que ya es un auténtico clásico); *La guerre. Essais historiques*, París, 1995, y *Dictionnaire d'art et d'histoire militaires*, París, 1988.



destacar la crueldad que entrañan y las pérdidas de todo tipo, no sólo humanas, que producen¹⁵ y que siempre son de complicada estimación o evaluación. Es cierto que se están avanzando estimaciones globales sobre algún siglo o se ofrecen cifras concretas de las bajas en tal o cual campaña, pero de momento no se cuestiona seriamente la generalización que considera las guerras de los siglos XVI y XVII de mayor dureza y más sangrientas que las del XVIII, donde hacen que las guerras sean menos espantosas la urbanidad y los convencionalismos de la época¹⁶, unidos al hecho de que las poblaciones civiles no están tan expuestas a los desmanes de las tropas y la vida humana parece gozar de una mayor consideración que en épocas anteriores¹⁷, una valoración que no es unánimemente compartida, ya que algunos autores piensan que esa «suavización» lo que en realidad significaba es que había más supervivientes, es decir, que quedaban «ojos para llorar», toda vez que la intensidad y desarrollo de las guerras es, en realidad, un proceso que va subiendo de intensidad sin retrocesos o paradas¹⁸.

Igualmente, en esta nueva consideración de la guerra y de sus consecuencias, se han hecho muchas valoraciones, dando lugar a discusiones de alcance puntual o de gran entidad¹⁹. Por ejemplo, se discute sobre si reportó o no beneficios que facilitaron el arranque de la revolución industrial y favorecedores del desarrollo económico general; también se debate sobre su incidencia en el desarrollo del Estado y de la administración, lo mismo que se ha discutido sobre el papel del ejército como vehículo de promoción social, algo que hoy goza de aceptación generalizada y sólo se anda en matizaciones sobre su duración e intensidad²⁰.

¹⁵ Esta cuestión nos parece de gran importancia, porque hasta los años 60 del siglo pasado no se tomaron en cuenta con seriedad los azotes de la guerra, particularmente en el plano demográfico, pues no sólo había que cuantificar las pérdidas directas, sino también las muertes causadas de manera indirecta por ella; como unas y otras eran difíciles de evaluar se tendía a despreciarlas. Hoy, se ha invertido la tendencia y se profundiza en el estudio de las desgracias causadas por los conflictos armados. Como muestra puede servirnos la obra siguiente: A. CORVISIER y J. JACQUART, *Les malheures de la guerre. I De la guerre à l'ancienne à la guerre réglée*, París, Editions du CTHS, 1996, un tema que no ha tenido cultivadores numerosos hasta hace poco, pero que viene de lejos, pues ya encontramos obras al respecto a principios del siglo XX, como la de F. PRINZING, *Epidemics Resulting from War*, Oxford, Clarendon, 1916.

¹⁶ Vid. lo que señala al respecto C. DUFFY, *The Military Experience in the Age of Reason*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1987.

¹⁷ Vid. al respecto, E. WANTY, *La historia de la Humanidad a través de las guerras*, Madrid, Alfaguara, 1972.

¹⁸ Así lo ve, por ejemplo, Weigley, que explica que la espiral de violencia que percibe en el desarrollo de las guerras está motivada por la imposibilidad de obtener un triunfo decisivo sobre el contrario, lo que condujo «al recurso calculado y espontáneo de mayores y más bajas crueldades en siglos sucesivos», vid. R. WEIGLEY, *The Age of Battles*, Londres, Pimlico, 1991, p. 541.

¹⁹ Un cambio que refleja gráficamente el título de un interesante trabajo: M^a. del Carmen SAAVEDRA VÁZQUEZ, «De la 'historia de las batallas' al 'impacto de la guerra': algunas consideraciones sobre la actual historiografía militar española», *Obradoiro de Historia Moderna*, 1 (1992), pp. 207-221.

²⁰ He aquí un par de ejemplos sobre tales aspectos: Bowen destaca los efectos de la guerra en el desarrollo del Estado, de la sociedad y de la economía en Gran Bretaña, además de valorar la



Cuestión de vital importancia siempre ha sido y es el coste de la guerra, que constituye un auténtico rompecabezas para cualquier gobierno que esté ante un conflicto de larga duración, motivo por el que se busca que la guerra se «autofinancie», lo que se puede conseguir si se ocupa un territorio con rapidez y sin excesivos daños, ya que así se puede exigir por los ocupantes que los lugareños les proporcionen vituallas y dinero. Pero como esa circunstancia no era nada frecuente, el coste de la guerra va a ir repercutiendo de modo creciente en la fiscalidad de los países beligerantes, pues los ejércitos eran tanto más eficaces cuanto mayor era la diligencia en la percepción de las soldadas, ya que un ejército puntualmente pagado no protagonizaba saqueos ni motines²¹.

La verdad es que el interés historiográfico por la guerra no es gratuito, pues lo que escribe Hale en relación a los inicios de la Modernidad²² es aplicable en mayor o menor medida al resto de ese periodo histórico, en el que resulta difícil encontrar un periodo de tres o cuatro años en que no hubiera una guerra en Europa o en otro lugar del mundo, con las consiguientes preocupaciones para los gobiernos y las sociedades, que llegan a familiarizarse con la guerra y a aceptar como inevitables sus males²³. Por otra parte, la frecuencia de las guerras en nuestro continente ha

influencia de la revolución americana en los cambios registrados en la dirección y en la naturaleza de la guerra, algo en lo que coincide con Conway. Vid. H.V. BOWEN, *War and British Society, 1688-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, y S. CONWAY, «Britain and the impact of the American War, 1775-1783», *War in History*, 2 (1995), y *The War of American Independence, 1775-1783*, Londres, Edward Arnold, 1995.

²¹ Vid. sobre el particular, M.S. ANDERSON, *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1990, y J.V. POLISENSKY (ed.), *War and Society in Europe, 1618-1648*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

²² «Probablemente no hubo un solo año en este periodo en que no hubiera una guerra ni tuviera lugar un acontecimiento que no se hiciera eco de este sentir general. Había varias fronteras inestables (Escocia/Inglaterra, España/Portugal, Francia/España, Francia/Borgoña imperial, Hungría cristiana/Hungría turca) en las que abundaban las incursiones y contraincursiones, donde nadie iba desarmado y ninguna guarnición podía hacer lo que mejor le parecía, por ejemplo, empeñar sus armas y hacer la corte a las hijas de los taberneros» (HALE, *Guerra y sociedad*, p. 29).

²³ Por ejemplo, ANDERSON, *Guerra y sociedad*, p. 15, escribe: «A principios de la Edad Moderna, prácticamente todos los habitantes de Europa consideraban la guerra algo normal e incluso necesario, y hasta los acontecimientos parecían confirmar esta opinión. Entre 1618 y 1660 no hubo un solo año en que no se produjera algún conflicto grave entre dos o más naciones europeas y durante ese mismo periodo varias guerras se libraron simultáneamente en diferentes partes del continente... En cuanto factor integrante e inevitable de la vida cotidiana, se aceptaba como el mal tiempo o una epidemia, como algo que el hombre de la calle no podía impedir, como algo que debía asumir en lugar de analizar. La frase de Lutero de que 'la guerra es tan necesaria como comer, beber o cualquiera otra actividad' refleja en términos rotundos esa actitud realista y fatalista a la vez... Era evidente que, a corto plazo, para muchos significaba la muerte, la destrucción y el desamparo. Contra este hecho incuestionable se esgrimía el antiguo y arraigado argumento de que la paz prolongada ablandaba la fibra moral de la sociedad, que, de este modo, cedía al relajamiento de las costumbres y se volvía indolente y corrompida; la guerra, en cambio, concentraba y movilizaba la energía, sacaba a la luz muchas de las buenas cualidades del ser humano y, en general, tenía efecto tónico y purificador».

contribuido a destacar el papel del ejército en la vida interna de los Estados, así como el papel de sus mandos, muy vinculados a los medios gubernamentales²⁴.

No obstante y pese a la omnipresencia de la guerra, la historia militar es más que la historia de ésta, de la misma forma que la revolución militar no se mide sólo por la dinámica de los campos de batalla, sino por los elementos que actúan como agentes de esa dinámica.

3. LOS INICIOS DE LA REVOLUCIÓN MILITAR Y LA APORTACIÓN ESPAÑOLA

Como ya hemos anticipado, se considera que la revolución militar es resultante de la conjunción de factores diversos (innovaciones tácticas, novedades armamentísticas, incremento de efectivos, etc.) y se le atribuye una incidencia mayor o menor en la vida de los estados, de forma que su trayectoria en cierto modo queda vinculada a tal fenómeno, si bien no faltan opiniones que no la valoran como determinante²⁵, aunque está más generalizada la opinión de que determinadas potencias europeas gozan de una posición dominante en el mundo a fines del siglo XVIII gracias al despliegue técnico logrado y a su superior tecnología armamentística, que les da una mayor movilidad permitiéndole estar presente en todos los mares y disponer de una potencia de fuego superior, lo que unido a los cambios en la organización política y militar explican la supremacía mundial europea de aquellos años.

3.1. LOS PLANTEAMIENTOS

Pues bien, desde comienzos de la Edad Moderna se observa cómo en la mayoría de los gobiernos se registran intentos para que el Estado fuera el único administrador de las fuerzas armadas, de manera que ni los particulares ni ningún otro poder o institución pudieran tener tropas a su servicio, máxime si podían utilizarlas contra el poder central o en la defensa de sus reductos. Una tendencia que se define con la configuración de la monarquía autoritaria o nacional y que prosigue su afirmación hasta llegar a la monarquía del Despotismo Ilustrado.

Como ya hemos dicho, Quatrefages empezó a enmendar el yerro que significaba no ponderar adecuadamente u «olvidarse» de la aportación española a los

²⁴ Una aproximación a esa realidad en el mundo hispánico, en R. QUATREFAGES, «Les militaires et le pouvoir dans le monde iberique. Introduction historique (xve-xviii siècles)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, autoeditor, t. XIV (1978), pp. 537-543.

²⁵ Por ejemplo, P. KENNEDY, en su libro *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Globus Comunicación, 1989, plantea la tesis de que los cambios militares no explican el orto y el ocaso de las potencias.



inicios del proceso de modernización militar europeo, algo sorprendente, por cuanto la monarquía de los Reyes Católicos es uno de los «modelos» de la monarquía nacional renacentista; posiblemente, más precoz en su formación que los «modelos» inglés y francés y el más dinámico de los tres, como se comprueba en su despliegue exterior hacia Italia, América y norte de África.

Pero tan precoz inicio no se traduce en el desarrollo de un proceso progresivo, ya que hay retrocesos, como sucede en torno a la década de 1570 y después, cuando Felipe II trataba de encontrar elementos alternativos para la defensa peninsular²⁶, aunque las especiales circunstancias de la armada —con las travesías oceánicas— muestran cómo el control real se hace más patente y constante²⁷. Posteriormente, en el siglo XVII, al entrar en crisis el dispositivo militar arbitrado por la monarquía hispánica para la defensa de sus intereses, se producen vacilaciones que afectan tanto al ejército como a la armada²⁸. Incluso en el siglo XVIII se producen tentativas regresivas²⁹, pero sin éxito porque la tendencia del proceso era irreversible, aunque en este tiempo se está produciendo un desfase, que se traduce en que la monarquía española pierda los puestos de vanguardia y ya no hará más que acen-tuar su retroceso en el siglo XIX.

Coloquémonos en el inicio del proceso, que es lo que realmente interesa en esta ocasión. Reparemos en lo sucedido en el último tercio del siglo XV y en los primeros años del siglo XVI, lo que se suele considerar la transición de la Edad Media al Renacimiento, periodo en el que la actividad bélica en Europa fue constante, especialmente para algunos países, entre ellos el nuestro, donde los expertos van acumulando experiencias en este terreno para sacar en claro que la victoria en las guerras no sólo se obtiene mediante combatientes experimentados, sino también por la capacidad que se tenga para movilizar efectivos crecientes y dotarlos de manera adecuada en unos años en que progresa la fabricación y el uso de las armas de fuego portátiles; igualmente, perciben que el triunfo se podía alcanzar no sólo atacando sino también resistiendo, lo que hace pasar a primer plano el tema de las

²⁶ Hay evidencias incuestionables al respecto en las publicaciones siguientes: I.A. THOMPSON, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona, 1981; E. MARTÍNEZ RUIZ, «Felipe II y la defensa de la Monarquía: las ciudades», en E. MARTÍNEZ RUIZ (dir.): *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía*, vol. I, Madrid, Actas, 2000, pp. 98-107, y «Felipe II, los prelados y la defensa de la Monarquía», en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, vol. IV, Madrid, Parteluz, 1999, pp. 450-467; D. GARCÍA HERNÁN, «Felipe II y el levantamiento de tropas señoriales», *Ibidem*, y «Los señoríos madrileños en la política militar de Felipe II: El Condado de Manzanares», *Madrid. Revista de Arte, Geografía e Historia*, 1 (1998).

²⁷ Vid. lo señalado por M. de P. PI CORRALES, «Naos y armadas: el mundo marítimo de Felipe II», *Torre de los Lujanes*, 34 (1997), pp. 31-62.

²⁸ Más detalles en E. MARTÍNEZ RUIZ, «Los ejércitos hispanos en el siglo XVII», en *Calderón de la Barca y su tiempo*, vol. II, Madrid, 2001, pp. 97-120, y M. de P. PI CORRALES, «La Armada en el siglo XVII», *Ibidem*, p. 121 y ss.

²⁹ Algunas muestras en E. MARTÍNEZ RUIZ, «Ejército y milicias de la Guerra de la Convención a la Guerra de la Independencia», *Torre de los Lujanes*, 29 (1995), pp. 45-59.

fortificaciones, ahora estudiadas y proyectadas desde un nuevo enfoque en el que la artillería desempeña un papel fundamental. En suma, en los años referidos, en los que algunas interpretaciones colocan el «arranque de la revolución militar», se produce la confluencia de cuatro factores fundamentales:

- Un equipo que planifica y organiza la guerra desde el poder.
- Unos efectivos en ascenso, bien instruidos y pertrechados, capaces de adaptarse a las nuevas formas de lucha y de influir directamente en la implantación de esas formas.
- El incremento de la significación de la artillería y de las armas de fuego portátiles individuales.
- Una adaptación de la fortificación a las nuevas exigencias de la guerra.

Pues bien, en la España de ese periodo, en la de fines del siglo xv y comienzos del siglo xvi, en la España de la transición del Medievo al Renacimiento, en la España de los Reyes Católicos, en definitiva, encontramos no sólo la presencia de esos cuatro factores, sino también aportaciones decisivas en unos casos e implicaciones directas en otros, por lo que no se debe desconsiderar la significación española en los orígenes de la denominada revolución militar³⁰.

Las innovaciones militares españolas de aquellos años tienen dos «laboratorios», dos bancos de pruebas en los que la realidad se analiza, se contrasta y se depura al acumularse experiencias que van marcando la pauta en las transformaciones y modernización del ejército. Esos laboratorios son la denominada «guerra de Granada» (la guerra contra el reino islámico nazarita; desarrollada entre 1482 y 1492, concluye con la presencia del último reducto independiente del Islam español) y las guerras de Italia (en las que, de forma discontinua —para nosotros en esta ocasión, entre 1495 y 1504, especialmente—, franceses y españoles dirimen su supremacía en Italia, decantándose a la postre favorablemente para el lado español).

En la historiografía española, la guerra de Granada ha sido considerada por muchos como el acontecimiento que marca en el terreno militar la transición del

³⁰ Ni en los orígenes ni después, pues hasta mediados del siglo xvii, prácticamente, la Monarquía Hispánica está en vanguardia en lo que podemos considerar el desarrollo militar europeo. Posteriormente, su importancia decrece, pero hasta entonces, los ejércitos españoles en Europa y la estructura y administración militar levantada por los Austria tenían muchas cosas que decir, pues se mantenía «operativa» la articulación de los recursos armados en dos estructuras básicas, que hemos denominado «ejército interior» y «ejército exterior», descansando este último en los denominados *Tercios*, las unidades tácticas y orgánicas de la infantería española creadas por Carlos v, que consolidan el predominio de la Infantería sobre la Caballería, convirtiéndose en dueña y señora del campo de batalla. Para estas cuestiones, vid.: E. MARTÍNEZ RUIZ y M. de P. PI CORRALES, «Un ambiente para una reforma militar: la Ordenanza de 1525 y la definición del modelo de ejército interior peninsular», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 21 (1999), pp. 191-216; R. QUATREFAGES, *Los Tercios*, Madrid, 1983, y J. ALBI DE LA CUESTA, *De Pavía a Rocroi. Los Tercios de infantería española en los siglos xvi y xvii*, Madrid, Balkan, 1999.





Medievo a la Modernidad, poniendo de relieve en su desarrollo rasgos típicamente medievales (como el empleo de las huestes y mesnadas, carencia de planes previos de campaña, persistencia de las «hazañas» personales, etc.) y otros que apuntan ya a los nuevos tiempos (regularización del ejército bajo el mando único del rey, preparación sistemática de las campañas atendiendo al plan general de la guerra, incremento de los efectivos de infantería, empleo de la artillería, desarrollo de servicios auxiliares —hospitales, gastadores, etc.—). A veces, hasta se ha llegado a dar una fecha (el invierno de 1484 a 1485) para señalar el punto de inflexión entre el predominio indiscutido del carácter medieval de la contienda y la transición hacia los nuevos valores³¹.

Cuando todavía se estaba viviendo el reflujó de la guerra recién terminada en el sur de la península ibérica, es decir, cuando se acaba de cerrar la «guerra en casa», poniendo fin a ocho siglos de enfrentamiento directo con el Islam, va a abrirse en otra península, en la italiana, un nuevo ciclo bélico que van a protagonizar sobre todo dos ejércitos animados por tendencias muy diferentes. Por un lado, tenemos al ejército francés, con una granada experiencia y con una caballería pesada como arma dominante, reputada como la mejor del momento, motivos por los que podía mantenerse la confianza en su estructura y eficacia. Por otro, tenemos al ejército de los Reyes Católicos; un ejército que en la guerra de Granada estaba compuesto por un heterogéneo conjunto de tropas, en las que había una indudable pervivencia medieval³² y ese ejército, nada más terminar la contienda, inicia una profunda transformación, marcada por dos tendencias: el afán del soberano de ser él el único jefe de la fuerza armada y la adecuación de su estructura para enfrentarse con éxito al enemigo a batir, que no era otro que Francia, por lo que se busca crear una caballería pesada capaz de enfrentarse a la gala.

El ejército que proyectan Isabel y, sobre todo, Fernando no sólo ha de superar, pues, un profundo reajuste, sino también debe afrontar nuevos retos: de com-

³¹ Más detalles y referencias bibliográficas complementarias, en E. MARTÍNEZ RUIZ, «El Gran Capitán y los inicios de la 'revolución militar'», en *Córdoba, el Gran Capitán y su época*, Córdoba, Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, 2003, pp. 153-176.

³² Ese ejército estaba constituido por elementos y aportaciones diversas, cuyo núcleo aglutinante lo constituían las guardas reales, permanentes, reclutadas y pagadas por la Corona y constituidas en su mayor parte por hombres de armas (considerados como la caballería pesada), aunque no faltaban caballeros a la jineta (o la caballería ligera) y además incluían a los continos (que eran la guardia palatina por excelencia). También estaban los efectivos de la caballería de vasallos o de acostamiento, que recibían un sueldo o ayuda de costa de la Corona con la obligación de estar disponibles en cualquier momento. Igualmente, se habían reunido allí las fuerzas de la Hermandad, tanto de caballería como de infantería, a las que el rey Católico pensaba por entonces convertir en la base de su ejército permanente para no depender de las Cortes ni de la nobleza en sus compromisos militares; proyecto al final abandonado por imposible. Junto a estos efectivos estaban, además, los contingentes señoriales, que acudieron a la llamada real para ser protagonistas de un acontecimiento de tanta trascendencia como era la conquista del reino de Granada, máxime cuando el rey asumía los costos. Y no faltaron ni las milicias concejiles ni las comarcales. Apoyadas todas por algunas piezas de Artillería, el embrión de esa arma en nuestro país.

batir «en casa», pasa a combatir fuera, lo que le exigirá resolver problemas de transporte, de avituallamiento, de acampada y de reacción a escala desconocida hasta ese momento. Una prueba que superará con innegable éxito, pues además de salir victorioso en el envite, muestra una indudable versatilidad, cuyas realizaciones concretas marcan las pautas de la aportación española a la revolución militar, al tiempo que sentencian el ocaso de un ejército basado en la caballería y anuncian el éxito de unas fuerzas armadas que descansan, sobre todo, en los efectivos de infantería. Por eso, si tuviéramos que adelantar una conclusión, ésta sería: las guerras de Italia son un hito en la historia militar europea, pues encontramos todos los elementos que luego van a ir desarrollándose, empezando por consagrar la superioridad de la infantería en el campo de batalla, sobre tropas cuya confianza en la victoria estaba puesta en la caballería, y continuando con el cuestionamiento del sistema de fortificaciones, batallas campales en las inmediaciones de ciudades sitiadas y creciente importancia de la artillería. La batalla de Pavía (1525) resulta simbólica, al poder interpretarse como el temprano anuncio de tal cambio, ya que lo más granado de la caballería francesa no puede impedir que su rey sea hecho prisionero y sufre un duro revés a manos de tropas mayoritariamente de a pie.

3.2. LA PRÁCTICA

Nada más concluir en los inicios de 1492 la conquista del reino nazarita, se suceden una serie de medidas que van a culminar en la creación de un cuerpo especial llamado «guardas o guardias de Castilla» que se pone en marcha el 2 de mayo de 1493 y que tendría una vida de dos siglos, poco más o menos, siendo considerado como la primera planta de las fuerzas permanentes de nuestro ejército. El nuevo cuerpo venía a sustituir las antiguas guardas reales, que constituían la parte fundamental del ejército de los soberanos al comienzo de la guerra de Granada. Esas antiguas guardas estaban compuestas por hombres de armas —el equivalente a la caballería pesada— y eran reclutadas y pagadas por el rey. El cuerpo que venía a sustituirlas estaba compuesto por 25 capitanías de 100 plazas cada una, lo que supone un total de 2.500 hombres y el mecanismo de su puesta en marcha se contenía en la Instrucción de 1494. En el nuevo cuerpo, cuatro quintas partes de los efectivos eran hombres de armas, cada uno de ellos con dos caballos, armadura completa y lanza de arandela. La otra quinta parte la formaban lanzas jinetas, protegidas con armadura mucho más ligera, ya que sólo tenían casco, coraza y protección para las piernas; sus armas eran la ballesta, el puñal y la espada.

La reforma es un exponente de las preocupaciones que animaban al rey Católico en aquellos momentos y que se polarizaban en dos ámbitos distintos. Por una parte, en las experiencias sacadas de la guerra recién terminada, donde pudo comprobar las deficiencias de las heterogéneas tropas que tuvo que dirigir, haciéndole pensar en la conveniencia de que el rey no dependiera de nadie en sus planes militares. Por otra parte, la convicción de que el choque con Francia no tardaría en producirse, ya que los intereses de ambas partes iban a entrar en conflicto en Italia a no tardar mucho. Las guardas constituían la respuesta del rey a sus inquietudes: le





permitían disponer de unos efectivos «propios» y permanentes y esos efectivos le daban opciones de éxito ante el inminente enemigo.

Ahora bien, la creación de las Guardas es uno de los componentes de una reforma militar preparada por un grupo de capaces colaboradores del rey, que le asesoraron de manera precisa y certera, un grupo que ha estado mucho tiempo «en la sombra», oscurecido por la misma figura de Fernando y por las de sus victoriosos generales (Tendilla, Fernández de Córdoba, Pedro Navarro...), ya que sus tareas, de fuerte impronta administrativa o teórica, silenciosas, apenas si trascienden el ámbito cortesano; es más, si no fuera porque el rey es su aglutinante, tal vez ni siquiera nos dieran imagen de grupo. Pero lo cierto es que con Alonso Fernández Palencia y Alonso de Quintanilla al frente, van incorporando a las experiencias pasadas las que se extraen de las campañas en Italia. El resultado es una reforma que queda plasmada en la Ordenanza de 1503, cuyo contenido acababa con la autonomía de los diversos contingentes anteriores, aunque no con su heterogeneidad, pero la dirección y la organización serían cosa del rey. Es cierto que la estructura de la fuerza armada seguía basada en el predominio de la caballería pesada, pero las «realidades» italianas estaban dejándose sentir inexorablemente. Razones económicas —las fuerzas de infantería eran mucho menos costosas que las montadas, aunque se tratara de caballería ligera— y de eficacia —en las campañas italianas, Gonzalo Fernández de Córdoba estaba mostrando las posibilidades de la infantería— iban a imponer un giro irreversible. Un giro que los españoles iban a impulsar, por cuanto tenían experiencia acumulada en los planos que resultarían justamente el centro de las novedades.

En efecto, en orden a la movilización de efectivos, en la campaña que culminaría con la rendición de Granada, las tropas a las órdenes del rey Católico alcanzaban los 80.000 hombres, un 25 % más de las que habían sido habituales en las campañas anteriores y el doble de las que el rey de Francia tenía por esas mismas fechas. Claro que entre campaña y campaña, Fernando sólo mantenía en pie unos grupos muy reducidos de combatientes, pero los resortes de la movilización resultaban eficaces. Por ejemplo, en 1489, los efectivos de caballería eran 13.000 hombres, mientras que los de infantería alcanzaban los 40.000; cifras en donde podemos observar que se mantiene la proporción más generalizada a lo largo de toda la guerra contra los granadinos: tres plazas de a pie por una montada. Además, en las compañías de infantería había un arcabucero y un ballestero por cada tres combatientes armados con armas de otro tipo. Sin embargo, de estas cifras no conviene sacar conclusiones apresuradas, toda vez que en Castilla, durante la Reconquista, las fuerzas de a pie habían sido siempre muy consideradas y suponían un contingente importante en el ejército real.

Por otro lado, el Rey y sus colaboradores también habían descubierto las posibilidades de la artillería³³ y de las minas, que derribaron con facilidad las forta-

³³ Andrés Bernáldez comentaba que gracias a la Artillería, en la guerra de Granada, «grandes ciudades que en otros tiempos habían resistido un año frente a cualquier enemigo que no fuera el hambre, caían ahora al cabo de un mes».

lezas granadinas³⁴, lo que impulsa a la Corona a emprender una serie de obras muy diversas nada más concluir la guerra: barreras con cubos, grandes baluartes con diferentes niveles de tiro y complejos sistemas de ventilación³⁵.

Con este bagaje, acumulado en los cuatro planos que antes destacábamos como fundamentales en los inicios del fenómeno que nos ocupa, es con el que la Corona española afronta las guerras de Italia, donde el giro hacia la nueva realidad bélica se hace irreversible.

Por lo que respecta a los efectivos, la composición de los ejércitos expedicionarios es elocuente y la utilización de la fuerza dominante, la infantería, resulta revolucionaria. En la primavera de 1495, embarcan con el Gran Capitán 5.000 infantes y 600 jinetes³⁶; con ellos realiza a lo largo del verano un tipo de guerra similar al desarrollado contra los árabes: «Es decir, una pequeña guerra de hostigamiento, salpicada de golpes de mano, de escaramuzas, de emboscadas»³⁷. Los éxitos logrados así, son reforzados por la llegada de nuevos contingentes. Un año después, en la primavera de 1496, la capacidad y eficacia reclutadora de la Corona quedó de manifiesto cuando fue capaz de concentrar en la frontera de los Pirineos orientales 17.710 peones y 7.005 jinetes.

Más explícitos son los datos relativos al cuerpo expedicionario enviado a Italia desde Málaga a mediados del año 1500, pues por lo que respecta a las fuerzas de infantería, iban 750 espingarderos, 2.058 ballesteros y lanceros, 20 escuderos de a pie y 97 condenados por homicidio que redimían su pena combatiendo: en total, 3.042 hombres; por lo que hace a la caballería, los efectivos se repartían por igual

³⁴ En el caso español, G. PARKER ha escrito en *La revolución militar*, p. 35: «gracias a disponer de un tren de sitio de unas 180 piezas, los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, pudieron apoderarse en diez años (1482-1492) de los puntos fortificados del reino de Granada que durante siglos habían resistido a sus antecesores. Parecía como si la era de las 'defensas verticales' hubiera concluido».

³⁵ Las obras de fortificación tuvieron en los artilleros Juan Rejón y Ramiro López dos de sus más significados creadores. El mejor exponente de las nuevas obras es la fortaleza de Salses, que Ramiro López empezó a levantar en 1497. «Es esta fortaleza la primera construcción de transición española que figura con todos los honores en cualquier historia de fortificación europea, quizá debido al hecho de que resistió con éxito el formidable cerco de la artillería francesa en 1503 y que fue citada por Dureró como una de las mejores fortalezas de Europa. Paradójicamente, su diseñador era desconocido en Europa hasta hace pocos años y no podía relacionarse con ninguna escuela de fortificación». Vid. COBOS GUERRA y CASTRO FERNÁNDEZ, «Diseño y desarrollo técnico de las fortificaciones de transición española», en *Las fortificaciones en el imperio de Carlos V*, coord. Carlos J. HERNANDO SÁNCHEZ, Madrid, Ediciones del Umbral, 2000, p. 219 y ss. La cita, p. 222.

³⁶ Estas cifras y las demás que manejamos están tomadas de R. QUATROFAGES, *La Revolución Militar Moderna*, caps. 1 y 2.

³⁷ «Debemos subrayar la ventaja de la infantería ligera castellana compuesta en su mayoría por escudados, soldados equipados con un dardo y una espada, protegidos con un escudo redondo, conforme a la ordenanza del 5 de octubre de 1495. Llevaron a la práctica, de forma casi natural, una táctica granadina, pegándose al terreno, esquivando el choque, con importantes golpes de mano y una gran movilidad para consolidar el avance. El combate cuerpo a cuerpo privaba de su ventaja a distancia a los piqueros suizos y a los ballesteros gascones». *Ibidem*, p. 121.



entre hombres de armas y lanzas jinetas: 300 de cada clase; por último, la artillería, compuesta por una capitania en la que figuraban 8 cañoneros, 17 tiradores y 2 carpinteros, es decir, 27 hombres³⁸. A estas fuerzas se unirían las enviadas en el verano del año siguiente, 1501, que situarían, poco más o menos, los efectivos españoles en 600 hombres de armas, 700 jinetes, 5.000 infantes y 18 cañones, unos efectivos que luego aumentarían en 2.500 infantes, con los que se dejaba a los franceses en inferioridad; circunstancia a la que hay que añadir la «moderna» utilización de los espingarderos en las maniobras de aproximación en el combate y en la primera fase del choque y la posterior utilización del resto de la infantería, sin opciones para la caballería enemiga, algo que queda patente en las batallas de Ceriñola y Garellano.

Por lo que respecta a la artillería y a la fortificación, las guerras de Italia las enlazan inseparablemente: el factor de tal unión no es otro que el desarrollo de la técnica, que viene a incidir de manera directa en los planteamientos militares y en el desarrollo bélico hasta producir cambios significativos³⁹, que arrancan de la utilización del poder de la deflagración de la pólvora⁴⁰. En efecto, decisiva fue la invención a comienzos del siglo xv de los cañones de sitio, poderosos artefactos de eficacia, en principio, más aparente que real. A lo largo del siglo y posteriormente, la artillería experimentará un largo proceso de perfeccionamiento, que simplificará las operaciones, pero aún le quedaba un largo camino por recorrer, ya que podemos decir que por entonces sólo estaba en embrión.

Sin embargo, la creciente utilización de las modernas piezas de artillería provocará la búsqueda de soluciones para neutralizar sus efectos, lo que concentra la atención sobre las fortificaciones. El primero que propugnó un cambio en su construcción fue el italiano León Battista Alberti, humanista y arquitecto, que sostenía que si las murallas fueran construidas como dientes de sierra y los recintos en forma estrella, podrían resistir mejor el fuego artillero. Pero sus propuestas no fueron estimadas más que en contados casos⁴¹, hasta que Carlos VIII de Francia invadió

³⁸ Veamos ciertas consideraciones de interés sobre algunas de estas cifras. Respecto a la de los espingarderos, ese número suponía «más de la cuarta parte de los efectivos totales y más de la tercera parte de las otras categorías de soldados, lanceros y ballesteros juntos... una indicación más de una percepción extraordinariamente precoz de la importancia de las armas de fuego» y en cuanto a los escuderos a pie, «se trataba de un grupo de escuderos en el sentido de caballeros, integrado en una capitania de infantería... Al menos se debe constatar el comienzo de una disminución de los prejuicios que hará que los nobles acepten entrar en las filas anónimas de los futuros tercios para combatir a pie». *Ibidem*, pp. 130 y 129, respectivamente.

³⁹ Vid. A. GUILLERM, *La pierre et le vent. Fortifications et marine en Occident*, París, 1985, y J.F. VERBRUGGEN, *The Art of War in Western Europe during the Middle Ages*, Oxford y Ámsterdam, North-Holland, 1977.

⁴⁰ Para las cuestiones relacionadas con la inicial utilización de la pólvora en la artillería, W. MCNEILL, *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.*, Madrid, siglo XXI, 1988.

⁴¹ Para estas cuestiones remitimos al ya citado volumen *Las fortificaciones en el imperio de Carlos V*, coordinado por Hernando Sánchez.

Italia en 1494-95, con 18.000 hombres y un tren de artillería de más de 40 piezas, algo que hace pensar a los contemporáneos que la guerra estaba cambiando y mueve a Maquiavelo a escribir que desde 1494 ya no había muro por grueso que fuera que la artillería no pudiera destruir en unas cuantas jornadas⁴².

Pero la afirmación de Maquiavelo sería válida sólo en relación con las fortalezas dominantes y las murallas verticales, no para el nuevo procedimiento defensivo —el de fortaleza rasante— que los arquitectos militares ya estaban perfilando, en el que el grueso de las murallas, la adecuada disposición de bastiones y otros elementos exteriores, así como la acertada colocación de la artillería manejada por los defensores cristalizaría en la innovadora *trace italienne*, que se impondría con claridad a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI.

En suma, nos hemos encontrado con un equipo que estudia y planifica, con unos efectivos en ascenso, bien instruidos y pertrechados, con el desarrollo de las armas de fuego y con la adaptación de las fortificaciones a los nuevos tiempos. Las experiencias extraídas de la guerra de Granada y de las de Italia, donde la presencia de tropas españolas como protagonistas impulsan la aparición de las novedades que acabamos de señalar, hacen que la aportación española a los orígenes de la revolución militar merezca cuando menos una consideración o reconocimiento.

⁴² N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (Madrid, Alianza, 2005), en particular el cap. 6.

